

SAN FRANCISCO DE BORJA

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

Declinaba la tarde: el sol lanzaba
En raudales su luz; era una tarde
En que Mayo sus galas desplegaba;
Azul el cielo, plácido el ambiente,
Florida el valle, iluminado el cerro
Y el aire perfumado y transparente.
La tierra era un torrente
De músicas de pájaros y flores;
Todo á la vez brillaba y renacía,
Y todo aparecía
Envuelto en una nube de colores.
Era una tarde para amar creada;
Se agitaba debajo de la tierra
La savia en las raíces encerrada
Hinchando los tejidos vegetales,
Y en la brisa encendida,
Flotaban agolpados en raudales
Los gérmenes fecundos de la vida.
Hierve la sangre en las hinchadas venas,
Y entonces de la vida en el exceso,
Como el viento levanta las mareas,
Surgen llenas de lumbré las ideas,
Brotan en los labios espontáneo el beso,
Purificada el alma se agiganta,
Y al ascender á lo infinito en vano
Latente se levanta,
Dentro del pensamiento,
Esa protesta eterna de lo humano.

Era una tarde para amar creada;
A pesar de ser grande la esplanada,
Casi del todo la llenó la gente.
Vacilaba el sol sus esplendentes rayos,
Que al quebrarse en cornisas y en aleros,
Convertía en lucientes reverberos
Los picos de las torres de Granada.
La ciudad en el fondo aparecía,
El pueblo se agolpaba silencioso,
Todo en masa compacta se fundía.
El rico y el villano,
Los frailes con blandones en la mano,
Al lado de la real Chancillería;
Grandes de España, damas, dignidades,
Y estandartes y cruces y banderas
De todas las demás comunidades;
Todos la vista fija en el camino,
Todos movidos por el mismo anhelo,
Esperaban con ansia la llegada
De aquella desgraciada
Que halló su premio al ascender al cielo.

Poco tiempo llevaban esperando
Cuando con marcha reposada y lenta
La comitiva apareció, marchando
Entre el polvo dorado de la tarde.
La luz sobre los petos se quebraba,
Sobre escudos y lanzas se partía,
Y visto desde lejos
Aquello parecía
Una nube de fuego que llegaba.
Palios y cruces á la vez se alzaron.
Un murmullo corrió de boca en boca,
Y por instinto, todos avanzaron.
Se encendieron los cirios, las mujeres
Atrás se echaron la enlutada toca;
La comitiva se acercó; delante
Escuderos y pajes con blandones
En hileras venían,
Y todos parecían
Malhumorados y de mal talante;
Flotaban en el viento los orespones
Del carro funeral, que en cada lado
Llevaba en terciopelo recamado
De Portugal y España los blasones.
Una lujosa tropa le seguía,
Y la guardia imperial lo rodeaba,
Y despacio avanzaba,
Baja la frente, el Duque de Gandía.

Amarilla la faz, tardo el aliento,
Sin airón ni divisa, como muestra
De luto y de dolor, pausadamente
La ceremonia retardaba á intento;
Una imagen siniestra
Vagaba en las arrugas de su frente,
Expresión de su negro pensamiento,
Y una nube de fuego comprimida
Abrasaba su ser; llegó el instante;
Más pálido que nunca su semblante,
Donde flotaba á intervalos la vida,
De golpe se nubló. Ya colocado
El ataúd en la enlutada mesa,
Estaba de los frailes rodeado.
¡Los cirios melancólicos ardían;
En las torres lejanas
Clamaban lentamente las campanas;
Las mujeres gemían,
El pueblo entero se agolpaba ciego;
En el aire flotaban las banderas
Y las lombardas vomitaban fuego!

De pie, teniendo la crispada mano

Sobre la férrea caja,
Luchaba el cortesano,
En combate horroroso,
Mezclando lo divino con lo humano.
¡Señor, yo clamo á tí!, cantaba el coro
Con triste voz y dolorido acento.
¡Pasáronse mis días!
¡Y nunca volverán! El Duque, atento,
Sintió del pronto herido
Por un rayo de luz su pensamiento.
¡Como la tarde que la vió en la caja
Aún entornados los celestes ojos,
Creyó ver tras la nieve los sonrojos
Y la noche nupcial tras la mortajal!
¡Loco por un amor tan peregrino,
Miraba en el despojo fuaricario,
En forma de sudario,
Todas las dichas del amor divino!
¡El día en que el espíritu se cehala
Vuelve el cuerpo á la tierra!
Todos los frailes á la vez dijeron,
Y con lúgubres voces
¡Y vuelve el cuerpo á la tierra!, repitieron,
Febri!, fuera de sí, devaneado,
Bajó la frente el Duque de Gandía,
Y como si al oído
A la difunta Emperatriz hablara,
Dijo: «A pesar de todo, sólo míal»
Y el coro lentamente
¡De profundis clamavit!, respondió.
Llegó el momento de la entrega: El Duque.
Como el chacal cercado,
Se revolvía aparentando calma,
Mirando, al par atento y espantado,
Un ignorado y plácido consuelo
Que flotaba en el fondo de su alma.
¡Ay, bienaventurados los que mueren!,
Cantaba el coro con acento grave;
¡La eterna gloria brillará en la altura!
Mientras temblando el Duque, con la llave
¡Más bien rompió que abrió la cerradura!
Los gozmes oprimidos rechinaron,
Los frailes avanzaron.

Vuelto en sí, tembloroso y jadeante,
No apartaba la vista ni un instante
De aquel montón de huesos descarnados.
—Jurad, señor, le dijo el arzobispo,
Que esta es la Emperatriz, vuestra señora.
—¡Jamás! ¡Sólo un montón de cieno impuro!
¡Yo digo que es mentira!
¡No lo puedo jurar y no lo juro!
¡Si juro que he pasado
Noches enteras de dolor tremendo
Sin haberme apartado
Ni un momento siquiera de la caja,
Donde mi pecho recosté gimiendo—
Y luego bajo para sí decía:
—¡Que jure yo que su nevada frente
Excelse y amplía, en que esparecida había
Una tinta de rosa levemente!
¡Jurar que aquellos ojos,
Que nunca pude contemplar sereno,
Y que ni en sueños contemplar podría,
Si alguna vez durmiera
En las virginidades de su seno!
¡Eso jamás! ¡Primero me arrancara
La lengua, si cobarde lo dijera,
Y la vida, si torpe lo pensara!
¡Ah! ¡cuántas veces la rosada aurora
Mis sueños de dolor interrumpía;
Cuántas veces la tarde me traía
La sombra de su imagen triunfadora,
Y cuántas veces me encontré gimiendo
La desolada noche que avanzaba!
Así se ha deslizado mi existencia...
¡Triste siempre!... ¡soñando!...
¡Sin otras compañeras
Que la angustiada noche que moría,
Ó la serena tarde que llegaba,
Ó la aurora que espléndida nacía!

Ya comenzaba á anoecer; medrosa
La luz en los espacios expiraba
Con esa claridad vaga y dudosa
Que señala los límites del día.
Sobre la masa negra de los cerros
La estrella de la tarde aparecía;
Fresco se levantaba
El viento de la noche perfumado,
Y allá en el horizonte se veía
Una línea encendida, que tenía
Manchas espesas de color violado.

Las llamas de los cirios comenzaban
A brillar con más luz, y en la expirante
Claridad de la tarde señalaban
Con los regueros de su luz incierta
Un círculo brillante y amarillo...
¡Aureola de un loco y una muerta!

Callado el loco, pálido, altanero,
Por la crudeza del dolor erguido,
Era la imagen del amor vencido,
¡Era el amor! ¡pero el amor primero
Con su plaacer soñado y no sentido!
Celoso de la tierra y de la muerte,
Con la vista en el fétetro clavada,
Aquellos grandes ojos
Inmóviles quedaron sin mirada.
El cadáver, fatídico, imponente,
Ya de color morado aparecía;
Como un jirón de niebla por su frente
Una ligera gasa se extendía,
Y en su cabeza pálida, se hundía
La corona imperial resplandeciente!
Tal vez el amoroso pensamiento
¡Adiós, le dijo; ¡te verá, bien míol!
Y una nube de besos ideales
Pasaron á través de aquella gasa
Como pasa la luz por los cristales!

La caja se cerró con golpe airado;
Arrojaron al suelo las banderas;
Siguió un instante de silencio frío,
Y como el mar rugiendo alborotado,
El pueblo acorrajado
Prorrumpió en espantoso griterío.
De la ciudad tomaron el camino,
Y á trechos recortada la silueta,
Poco á poco, perdiéndose á lo lejos
Por entre las cabezas asomadas
Fugitivos y débiles reflejos.
Ya apenas si se oía
Mas que un leve rumor, que prolongado
En la atmósfera limpia, se perdía...
Y sólo se encontró y abandonado
En la esplanada, el Duque de Gandía.
Inaplicable su propio pensamiento,
Forjó la imagen de su amor perdido,
Y aún resonaba con severo acento
El *profundis clamavit* repetido
Por las azules rítagas del viento.
¡Solo y abandonado!
¡Qué hermosas concepciones de tristeza
Le despertó su trágica fortuna!
¡Qué protesta tan llena de grandeza!
¡Solo y enamorado
Y envuelto por los rayos de la luna!
¡Tal vez, mirando el ancho firmamento,
Al ver brillar tranquilas las estrallas,
Meditando en su amor y sus querellas,
De estrellas se llenó su pensamiento!
Falto de fuerzas, anhelante, loco,
Corrió toda la noche por la vega,
Desgarrada la negra vestidura,
Las lágrimas mojado su semblante,
Y dentro, palpitante
El corazón chocando en la armadura!

Ya el crepúsculo vago y soñoliento
En los cielos brillaba sonrosado,
Cuando el Duque lloraba derribado
Muy cerca de los muros de un convento.
¡Y á aquella tumba, con la luz del día
Mandó un beso de amor resplandeciente!
¡Con la luz la besó!... ¡por si podía
Prolongar aquel beso eternamente!
Después se irguió, delante de la puerta
Quedó un instante ante la imagen fijo,
Y ya dentro del atrio, de rodillas,
El dulce nombre del Señor bendijo.

MANUEL PASO.

HUNDIMIENTO en el Convento de Dominicas

Sería la una y media de la tarde del
lunes 2 del corriente, cuando los mora-
dores del barrio de Santiago Apóstol,
de esta capital, escucharon un ruido,
como el que produce la explosión de un
barreno.
La gente, al principio desorientada,
no sabía dónde acudir, hasta que al fin
á la misma puerta de la habitación en
la que se encuentra el torno, salió una
monja agitando fuertemente una cam-
pana con sus manos en demanda de au-
xilío.
El primero que acudió fué Jesús
Díaz, que se hallaba tomando el sol en
la plazuela de Salido, al cual le hizo
la religiosa entrega de las llaves de la
Iglesia del convento, para que en unión
de varios vecinos que había reunidos,
entraran á salvar á sus infelices compa-
ñeras.
Jesús Díaz, J. Aguado, A. Calahorra,
Juan Capilla, Bernabé Sogade, Luis Se-
rrano, Cándido Pérez, Mariano Collan-
tes, Francisco y Lorenzo García, diri-
gidos por el capellán de dichas monja-

Dominicas, fueron en unión de otros
cuantos nombres sentimos no recordar,
los que sacaron de entre los escombros
á Sor Corazón María, Doña Saturnina
Roldán, sobrina del canónigo de esta
catedral que lleva el mismo apellido,
y á Sor Ana, Doña Manuela Iriarte, de
Navarra, heridas ambas, aunque por
fortuna levemente.

Ultimamente fué extraída la maestra
de novicias Sor Rosa, D.^a Francisca Be-
nitez Durán, de Talavera de la Reina,
que momentos antes había expirado á
consecuencia de un fuerte golpe recib-
do en la sién, aunque se cree que la
muerte se la produjo al caer sobre el
pecho uno de los maderos ó vigas de
gran peso y tamaño.

El hundimiento fué producido por la
caída de la cornisa más alta del con-
vento sobre el tejado de la habitación
ocupada por las novicias, que se vino
abajo, hundiendo el suelo cuadro y ven-
do todo junto á caer á la sacristía de la
Iglesia.

A poco de ocurrir la catástrofe acu-
dieron al lugar del siniestro el Juez
de instrucción, el teniente coronel de
la guardia civil, el Gobernador, los sacer-
dotes D. José Cueva, D. Luis Arcos
y Lamano, D. Serafín Flores, D. Anto-
nio Ortega, teniente de la guardia
civil y veinte números de dicho cuerpo
que se encargaron de vigilar el edifi-
cio, unos dentro y otros fuera de él.

El provisor D. Francisco Bastán, dió
las órdenes oportunas para que las
monjas se trasladaran á otras habita-
ciones del edificio.

Han quedado tres dependencias del
noviciado cuarteadas amenazando ruina
así como también la parte alta de
bóveda de la iglesia correspondiente
al altar mayor.

A veintidós asciende el número de
las monjas que se encuentran enclau-
stradas en el convento de Dominicas.

El Ilmo. Sr. Obispo visitó el lugar
del siniestro al poco tiempo de ocurrir
la catástrofe, prodigando palabras de
consuelo á las aterradas religiosas.

DE CARNAVAL

Ya sé que se preparan
Lindísimas manchegas,
Para los carnavales
Que muy pronto se acercan.
Y muchas por las tardes
Reñense é inventan
Disfraces pintorescos
Que agradarán de veras.
Diez bailes por lo menos
En Ciudad Real proyectan
Distintas sociedades,
Si no he hecho mal la cuenta.
Tres bailes dá el Casino,
Dos La *Concordia* intenta
Y el *Mercantil* tres bailes
Dar hasta ahora piensa.
En el local que Circulo
Fué de la Unión, selecta
Sociedad un gran baile
Brillante dado lleva
Y otro dará muy pronto
Sin que yo el día sepa.
En fin, pollos alegres
Y mancheguitas bellas,
Un carnaval manigüeo
Para vosotros llega.
Aprovecharlo mucho
Que luego la cuaresma
Nos llenará de luto,
De ayunos y tristezas.

E. B.

Noticias

El día último del pasado mes subió al
cielo el niño Antonio Escobar y Cuevas,
hijo de nuestro buen amigo el segundo je-
fe de Telégrafos de esta capital D. Antonio
Escobar.
Al entierro de gloria asistió numeroso
público.
El domingo pasado celebraron la prime-
ra anostación de su próximo casamien-
to, nuestros amigos D. Avelino Muro y Rq